





497t-51

(1)

LOS REYES DEL TOREO

SEGUNDA EPOCA



JUAN BELMONTE



10 CÉNTIMOS

La Argentina que yo he visto

POR

Manuel Gil de Ofo

Forma esta obra un volumen de 275 páginas, exornadas con profusión de dibujos del afamado caricaturista R. Juliá y de una cubierta en colores, debida al pincel de tan genial artista.

Extracto del sumario:

Con rumbo a Buenos Aires: El capitán.—Emilio Thuillier.—La mujer, el marido y el amante.—El rebaño de tercera.—Al desembarcar.

En la Argentina: Buenos Aires.—Aristocracia, burguesía y pueblo.—El idioma.—El mate.—El gaucho.—El revólver.—El mozo de café.—Ingratitud argentina.—El tango argentino.—Una cara como hay muchas.—¡Siga la farsa!—¡Viva España!—El amor carq.—Córdoba.—Tucumán.—Los pueblos grandes.—Los pueblos chicos.—Tres días en Chivilcoy.—El hotelero.—Mar del Plata.—La Basílica de Luján.

Nacionales y extranjeros: Saludo a Benavente.—La venida de Ruben Darío.—Nos visita Valle Inclán.—El Dr. J. V. González.—Blasco Ibañez.—Belisario Roldán.—Salvador Rueda.—José Artal.—Pablo Groussac.—David Peña.—El juez Llavallol.—J. A. Cabestany.—Colombina.

Periodistas y periódicos: La Nación.—La Prensa.—El Diario Español.—La Argentina.—Crítica.—Última Hora.—Mundo Argentino.—Tribuna.—La Mañana.—Julio Castellanos.—J. Más Pi.—Dr. Malagarriga.—Roskoff.—Javier Santero.—J. Aguado.—Eduardo López Bago.—J. J. Soyza Reilly.—A una cronista.—Calcagno.—Raul del Castillo.—Francisco Camba.—A un renegado.—Escobar.—Emilio Carrere.—Miguel de Unamuno.—Baroja.—Juan Pérez Zuñiga.—El cojo Guesalaga.

La farándula: Blanca Podestá.—Parraviccini.—Ballerini.—Pablo Podestá.—María Gámez.—Panchito Aranaz.—Olinda Bozán.—Luis Vittone.—Elvira Gaby.—Elvira Vilanova.—Enrique García Velloso.—Carlos M. Pacheco.—Nicolás Granada.—Weisbach.—Queirolo.—Meana.—Margarita Xirgu.—Payá.—Ignacio León.—Resurrección Quijano.—Julia Fons.—Rodolfo de Puga, etcétera etc.

PRECIO DEL TOMO: 3'50 PTAS.

JUAN BELMONTE

A mi querido amigo Emilio Fernandez,
buen aficionado, y belmontista.
Recuerdo cariñoso del

AUTOR.

I

Abrigar la pretensión de hacer un juicio imparcial de este diestro, sería más que temerario, ridículo. El instante es de apasionamiento; la revelación y gloria del improvisado torero ha sido tan estruendosa que, mantenerse en ese término medio donde, según el preceptista, reside la verdad, es punto menos que imposible.

Por otra parte, yo no creo en la imparcialidad; pueden existir hombres, existen muchísimos, que sinceramente expongan un criterio; pero que ese criterio sea imparcial, ya no es tan fácil, pues sin ellos percatarse su juicio se halla influído por una serie de concausas, de entre las cuales no es de las de menos valor la fama y el prestigio de lo que se ha de juzgar, que obra en nosotros como una especie de sugestión, quizás tanto como influye también el respeto a la opinión colectiva en la mayoría de los hombres.

En el caso Belmonte, son muy raros los juicios imparciales, la *afición* se divide en dos bandos: el de los que todo se lo conceden y el de los que todo se lo niegan, admiradores incondicionales y detractores furibundos; en honor de la verdad sea dicho, estos en números más escaso.

Yo le juro al lector, que procuro, no en servicio suyo, sino por un sentimiento de equidad mantenerme todo lo neutral que me es permitido ser, y esto me da apariencias de Joselista entre los Belmontistas, y de Belmontistas entre los Joselistas, pues tratándose de esas dos figuras culminantísimas de la tauromaquia, no hay posibilidad, o al menos esa posibilidad no es para mí, de oír con calma, no ya que los respectivos partidarios eleven a su torero, que eso me parece muy puesto en razón y dignos de esa elevación, y aún mayor, son uno y otro, sino que denigren y traten de poner a los pies de los caballos al torero contrario.

Fenómeno Belmonte, perfectamente, ya que el adjetivo, con la degradación correspondiente, extensiva a todos los adjetivos, da la idea de algo no corriente; pero fenómeno José también. ¿Por los mismos méritos? De ese error nacen las discusiones. Cada uno de los dos grandes lidiadores es *fenómeno* por razones de peso, pero muy diferentes. ¿Cómo habían de ser por las mismas, cuando sus estilos de torear son opuestos y dentro del arte del toreo, o lo que sea, se hallan colocados uno en cada extremo, sin que por esta vez haya peligro de que los extremos se toquen?

Decía, pues, que por un sentimiento de equidad y de justicia, procuro siempre y aún más lo he de procurar en esta ocasión, permanecer neutral en la contienda joselista belmontina, y hoy al hablar del diestro de Triana (que no es de Triana), como mañana cuando hable del menor de los *Gallos*, no he de agraviar, a sabiendas a la verdad, pues en que uno y otro torero brillen con todo el fulgor de sus grandes merecimientos, tengo yo, apasionado admirador de nuestra gran fiesta, verdadera complacencia.

Hago estas salvedades y contraigo estos compromisos, entremezclando desde el principio los nombres de José Gómez y Juan Belmonte, porque no quiero incurrir en la pueril pretensión de inhibirme, en mi papel de biógrafo, de un pleito en que están un gran número de españoles complicados. Así como hubo una época en que no se podía hablar de *Lagartijo*, sin hablar de *Frascuelo*, en el momento actual, ¿cómo tratar de Belmonte sin que salga a colación José?

Y hay que ahondar más todavía. Si la historia de un torero, no ha ser una mera recopilación de fechas, es preciso, cuando de una gran figura se trata, hacer aunque sólo sea un ligero bosquejo del momento en que su revelación se produce y de las causas que contribuyen, como el abono en los campos, a que su fama se arraigue.

Belmonte, es además de Belmonte, quiero decir, además de un lidiador excepcional, ejecutante maravilloso y emocionante de unos cuantos lances, el anti *Gallo*. Aparece en plena apoteosis gallista, cuando ya llega a su ocaso el sol de *Bombita*, y en él saludan los *bombistas* al vengador, por qué para estos, Ricardo Torres no desaparecía de la arena por natural descenso de sus facultades o por cálculo de hombre que ve sus aspiraciones colmadas, sino echado por un toreo de *pegolete* y *trinchera*: ¡el toreo de Rafael Gómez el *Gallo*!

Y se reproduce en la historia por segunda vez y con mayores agravantes todavía, el caso que se dió en las postrimerías de *Lagartijo*, de que los partidarios de éste torero engrosaran las filas del *esparterismo* y se pusieran frente a *Guerrita*, que era, en algo, el continuador del toreo del gran Rafael, mientras que el «pobrecito» Manuel, nada tenía que ver con el fundador de la *solera* cordobesa: esta vez los partidarios de *Bombita*, se hacen belmontistas!!!, y son antijoselistas, no obstante ser José una copia mejorada, en mucho, de Ricardo Torres.

Con el partido bombista, que es de donde han surgido los más furibundos belmontistas, y con los miles más de partidarios que el

toreo emocionante, fenomenal (sic) le ha proporcionado al novel espada, cuenta este con un número tal de admiradores, que en los tiempos modernos no lograron acaudillar los diestros de más rápida y recia fama, como Mazzantini, *Espartero*, *Reverte*, señores un día del aura popular.

Repitámoslo: es que Belmonte no tan sólo es Belmonte, es además el anti *Gallo*.

Dejando a un lado la inquina del bombismo (hoy balmontismo), contra los hermanos Gómez, contra José muy especialmente, tal había sido el encumbramiento de esos dos toreros, hasta tal punto llegó el convencimiento de los aficionados que sólo viendoles torear a ellos el público se divierte, que por un fenómeno humanísimo, ese público ansiaba manmitirse de una tiranía que él mismo se imponía, y deseaba la aparición de otro astro a quien también vendió el tributo de su admiración.

Bastaron media docena de novilladas, y en ellas otra media docena de verónicas, faroles y molinetes, para que el milagro se diese por hecho, y en realidad de verdad, hecho ha quedado.

Belmonte, con su cortísimo repertorio de lances estupendamente ejecutados y con todas sus deficiencias es el ídolo de los públicos, y, dicho sea en honor del diestro, héroe por fuerza, pocos cómo él, para corresponder a lo que de él esperan, ponen mayor firmeza, mayor tezón, mejor voluntad, sin que pueda recriminársele el que regatee su sangre, de la que diríase ha hecho ofrenda a ese mismo público que le aclama, que le incita, que le empuja a la tragedia, ávido de ella.

Me decía Valle Inclán, no ha mucho, que el belmontismo es la atracción que para el hombre siempre ejerce la Muerte; y esa frase del maestro, acaso explique, lo que los técnicos taurólogos en balde tratan de explicarse.

II

Juan Belmonte, nació en Sevilla el 14 de abril de 1892, en la calle de la Feria, 12, pero más tarde se trasladaron sus padres al barrio de Triana, y por trianero se tiene él y le tiene la gente.

Crinto y Oro, refiere en una biografía de nuestro torero los si-



guientes datos y hechos que creo oportuno reproducir, pues pocos como el aludido revistero han podido beber en mejores fuentes:

«El señor Pepe Belmonte (padre de Juan), tenía un misérrimo

Belmonte

puestecillo de quincalla con el que, por las calles del barrio y pueblecillos cercanos a Sevilla, rodaba y obtenía a diario unos cuantos reales para mantener a su esposa y a los tres churumbeles que tenían en casa, de los nueve que constituían la prole. De los seis restantes dos hembras, que en edad siguen a Juan, estaban dedicadas al servicio doméstico y dos pequeños recogidos por caridad en el Hospicio. El puestecillo no daba más que para la subsistencia de cinco o seis y eso con apreturas, y siempre en continuo contacto con las habichuelas, hasta que a la Divina Providencia la dé por llover langostinos y lonchas de jamón y se pongan estas *golosinas* a *dos gordas* el kilo.

Juan *arribaba el hombro*, y para ponerse en condiciones de lucha igual con las habichuelas, actuó de *sobresaliente* con papá cuando no hubo otro menester más beneficioso, y, como anteriormente se ha dicho bastante tiempo estuvo trabajando en la corta de Tablada como jornalero en las obras de encauzamiento del Guadalquivir.

Voy a decirte, amado lector, cómo el trianero ofreció *en público* el primer estigma de su revelación como torero de risueño porvenir.

Un día le dejó su padre al cuidado del puesto, en una calle del barrio.—Hace de esto unos seis años.

Pero el chiquillo, más atento a su sueño dorado que a la custodia de la industria que llevaba a casa el panecillo «de cada día», con un trapo de cubrir las baratijas le daba, por cientos, verónicas, navarras y faroles... a un perrito de aguas! que tenían, fiel amigo del hombre e ideal amigo del aprendiz de torero.

Y llegaba al puesto una mujer, y llegaba otra, y llegaba otra más y ¡veinte! y el chava contestaba tarde, mal y no le daba importancia a la industria, con desesperación de la *clientela*.

«El niño se encogía de hombros, se lo pasaba todo por debajo del sobaco, y, cada vez más entusiasmado, le daba verónicas y más verónicas, al pobrecillo cán, que tenía media cuarta de lengua fuera.

Así las cosas, las navarras y las medias verónicas, acertó a pasar

por allí un torero del barrio, Calderón, banderillero que fué del difunto Montes, convecino y amigo del padre de Juan.

Fijóse Calderón en el chavalillo, le observó un rato y se quedó asombrado de la traza que se daba toreando, especialmente por el modo de jugar los brazos.

— ¡*Po señó, ete chiquillo apunta er toréo como lo s'angele!*— dijo Calderón.— ¡Vaya modo de *llevá lo brazo!* ¡Vaya estilo! ¡Vaya cosa de toréo güeno!...

—Oye, niño, ¿er puesto ese e tuyo?

—Sí, señó.

—¿Tonse tú ere hijo der señó Pepe *Bermonte*?

—Sí, señó.

—¿Y cómo tiene er puesto *abandonao*? ¿E que no te gusta el ofisio de tu páre?

—No, señó; yo *quió se torero poqué* con la quincalla no *pasamo* de *habichuela* y a mí me gustaría *comé jamón serrano* y *bebé vino e Sanluca* y... sobre *tóo, poqué* le tengo mucha *afisión* al *lo toro* y *m'ha metío* en la cabeza *sé torero*.

—*Sé torero* ¿eh? ¿Pero tú no *sabe* que *sé torero quien mucho* y que *lo toro* cogen?

— ¡Ya me *sortdrán!*

—¿Y tú *cree* que *sirve pa torero*?

—*Ma* que *creé*; estoy seguro de que *sirvo*; si no, *ar tiempo*.

—¿Pero tú *a toreao arguna vé*?

—Sí, señó, *muchá*.

—¿*Aonde*?

—En *argunos serrao* y en *Tablá*, siempre de noche.

—¿Y no te da miedo?

—De los *conoseore*, sí; de lo *toro*, no, señó.

—*Po* mira, *va a sé torero*; yo me *vi a encargá d'eso*. ¿Tú has *io arguna ve* a un *tentaero*?

—Sí, señó; pero como *vamo mucho muchacho junto* no no dejan entrá.

—*Po* mañana *va* a ir a uno. Allí *sardrán vaca güena q'embisten* mu fuerte. *Veremo* a ver si *t'atreve* a *húsé* allí *tóo* lo *c'ase* aquí con er perro.

—¡Sí, señó, que lo haré! ¡*Llevem'usté, po* lo que *ma* quiera! ¡Ya vera usted! ¡En un *tentzero*! ¡Qué alegría! ¿No *m'engañará* usted?

—No, que no te engaño. Mañana *va* conmigo. Mañana iré a tu casa a buscarte. Estate *preparao* temprano; a eso *e la sei*. ¿*Sabe*? ¡*Hata* mañana!

Vay'usté con Dios y *mucha* *grasia*. ¡Qué no *dej'usté d'ir*!

—Descuida, *q'iré*.

Juanillo tuvo en aquel momento uno de los más felices de su vida.

Al siguiente día tuvo lugar la tiente de vacas de la ganadería de D. Félix Urcola.

Entre los profesionales y aficionados que fueron a torear llamó la atención de los concurrentes, por los *parones* que daba a las reses por la brutal manera de aguantar y por lo maravillosamente que apuntaba el toreo con el capote y la muleta el *esmisriao* chavalillo que llevó Calderón.

Entusiasmado el propio ganadero, dispuso que el chaval torear a tres o cuatro vacas, y el chaval armó un alboroto. Calderón había descubierto un gran torero para el porvernir.

¡El gran torero era Juanillo Belmonte!

Calderón explicó el diálogo que había tenido con el muchacho el día anterior, lo que le había visto hacer ¡al perro!, y Calderón fué felicitado por todos los presentes».

El propio don Félix, que me ha referido lo que pasó en esta tiente, añadió que en esos días hizo sentar a Juanito a su mesa, y que de entonces data la amistad que por él siente.

Belmonte, después de estas pruebas, decidió resueltamente abrazar la profesión de lidiador de reses bravas.

Toreó por primera vez, matando un toro, en Arahál (provincia de Sevilla), en 1909, y poco tiempo después en Elvas (Portugal), se puso el primer traje de luces, toreando luego en Sevilla en alguna moruchada.

De esos primeros tiempos, relata las desventuras un biógrafo del diestro en la siguiente forma:

«Pasaron días amargos, días en que se veía fracasado, anulado, y las miserias y las estrecheces en que su familia vivía le hicieron trabajar en el oficio de albañil. En unas obras que a la sazón se hacían en Tablada puso sus manos ungidas para el arte taurino.

Pero esto no era solución; sus hermanitos pequeños estaban en un Asilo, él veía la tristeza que reinaba en su casa, la escasez en que vivían a pesar de los esfuerzos titánicos de su padre y de él para salir en bien de la vida y mal de comer, y, un día en un momento de fé absoluta en su arte prodigioso, huyó de su casa, embarcóse en un vapor de cabotaje y marchó a Valencia, donde en el invierno se dan numerosas corridas sin picadores, y funciones de mogigangas, decidido a torear, costase lo que costase, y decidido a triunfar o dejarse partir el pecho de una cornada, antes que presenciar la muerte lenta que un día y otro se enseñoreaba cruelmente de aquel hogar humilde y bueno.

Antes la tragedia en medio de la plaza, y a la vista de quince mil almas como una protesta de la miseria, que la tragedia oscura, sin espectadores, que a diario ponía un lamento en aquella su casita tan querida de Triana.

Llegó a Valencia.

Un día y otro vieron los aficionados el rostro moreno y sombrío de aquella figurilla esmirriada, que se estacionaba frente a las oficinas de la Plaza de Toros valenciana esperando al «zeñó Carbayeda» para suplicarle ansiosamente un contrato. Se preguntaban si aquel

muchachito vestido con traje azul de mecánico y gorrilla podría ser algo, y un día, por la misma razón que se daban corridas se la dieron a él. Porque el ganado se pagaba a peso de carne, porque los toreros se pagaban a diez y seis duros, veinte o treinta a lo sumo si tenía cartel como becerrista, y porque el público valenciano ávido siempre de toros, llenaba la plaza de continuo.

¡Ya tenía contrata!

Ya se había anunciado la corrida y llegó el inevitable contratiempo: falta de traje.

Pero a falta de otro mejor, nuestro hombre halló una bailarina amiga que utilizaba un traje de luces *entillado* y *ahormado*, es decir con postizos, etc., etc., para salir a bailar a escena y esta bailarina magnánima y bienhechora, sin miedo a las roturas, le prestó el *trajecito* para que luciera sus habilidades taurinas.

Excuso decir el regocijo que produjo Belmonte entre el público, no más hizo que salir; pero pronto se olvidó todo, por que en tales corridas, mayores cosas se han visto. Dígalos si no un tal *Jerezano de Ruzafa*, que no contento con la barbaridad del *alias*, salió cierto día a torear con unas medias azules. Y esto lo han visto mis ojos que lloraron de risa aquella tarde.

Bien hicieron los valencianos en olvidar aquella vestimenta ridícula que le envolvía, porque a poco desplegó el capotillo y empezó a trazar las primeras páginas de una historia de triunfos.

Yo lo ví.

Desapareció todo; el traje, su contextura, el modo de andar desgarbadote y cansino, el gesto despectivo con que parece despreciar a todo el público; porque revolteó en el aire el capote, se pegó a los costillares del toro y clavado en el suelo moviendo los brazos confiadamente, sabiamente jugó con la muerte entre los vítores y las aclamaciones del público. Parecía aquello más que becerrada una corrida de feria, porque el toro, el torero, el público todo parecía transformado.

Tantas eran las ansias de Belmonte de afianzar sus propósitos, lograr gloria y demostrar su arte que cada lance parecía una burla de la muerte; pero tanto jugó, que al dar una media verónica más que ceñida, puesto que era su carne la que ponía en lugar de capote, el toro le empitonó, y como un pelele lo paseó en los cuernos.

Treinta días estuvo en el hospital en una sala de pago que amigos cariñosos le ofrendaron y cuando curó y llegó el alta, llegaron dos contratas más para otras dos corridas nocturnas que afianzaron el triunfo y le hicieron pensar que pronto habría en su casa el bienestar soñado y pronto se hablaría de él como él quería que se hablara».

III

Como novillero formal, reapareció en Sevilla el 12 de julio de 1912. en una corrida con picadores, organizada por don Carlos Vázquez, a beneficio del Patronato de San Bernardo.

Se jugaban toros del duque de Tovar, y formaban el cartel de matadores además de Belmonte, Larita y Curro Posada.

El éxito fué estruendoso.

«Otra corrida al domingo siguiente,—dice *Corinto y Oro*,—otro exitazo. Otra y otra y otra; ¡todas las que quizo!, vuelta a Valencia, siete corridas seguidas, lluvia de contratos por todas partes, debut en Madrid, tremendo alboroto, corridas en martes, jueves, estrépito por toda España, recepción general de empresarios... lo de *fenómeno* era un hecho, y Juan Belmonte en rapidísimo plazo alcanzó el primer escalón de la popularidad».

En Barcelona no le acompañó la suerte el día de su debut en las Arenas, con toros de Contreras.

En Madrid hizo su presentación el día 26 de marzo del año siguiente, o sea el pasado de 1913, y armó el escándalo, quedando proclamado por tal *fenómeno*.

De su campaña como novillero hizo este resumen *Dulzuras*, al finalizar el año:

«Como novillero toreó 35 corridas en tres etapas o series.

La primera comenzó el 16 de Febrero en la plaza vieja de Barcelona y siguió el 23 en Valencia, 2 de Marzo en Barcelona, 9 en Valencia, 16 en Toulouse, 19 en Barcelona, 23 en Bilbao, 26 en Madrid (debut) y 31 en Sevilla; 6 de Abril en Sevilla y 10 en Madrid.

Aquí cortó por enfermedad y porrazos que había sufrido y dejó de torear otras en Bilbao, Santander, Aracena, Valdepeñas y Sevilla, reanudando la marcha en Alicante el 7 de Mayo, en cuya corrida fué cogido por su primero y no pudo matar ninguno. El 9 toreó en Ecija, 10 en Huelva, 11 en Sevilla, 12 en Cartagena, 13 en Osuna, 14 en Badajoz (donde tampoco pudo matar más que un toro), 16 en Pozoblanco y 17 en Linares; el 1.º de Junio toreó en Málaga, 2 en Antequera, 6 en Huelva, 8 en Valencia, 10 en Madrid, 11 en Valencia y 12 en Madrid.

En esta corrida volvió a caer. No hizo más que torear de capa a dos toros y sufrir dos palizas, teniéndose que retirar, y Posada mató los seis de D. Esteban Hernández. Recrudecida una enfermedad que padecía no pudo torear más hasta el mes de Octubre, en el que hizo los siguientes ejercicios para el doctorado:

El 5 en Jerez, 8 en Sevilla, 9 en Toledo, 10 en Orihuela, 11 en Alicante, 12 en Valencia, 14 en Granada y 15 en Sevilla. Por regla general, exceptuando la última de Sevilla, estuvo mal.

En Madrid ha toreado como novillero cuatro corridas; en todas se le ha ovacionado con la capa y la muleta, y en ninguna le hemos

visto ni entrar a matar, ni hacer un quite oportuno, ni estar colocado una sola vez en su sitio.

Y En 1913 mató 75 novillos y un toro y parte de otro.

El día 16 de octubre de ese mismo año, tomó la alternativa Juan, en la plaza de Madrid, de manos de *Machiquito* (que esta fué la última corrida que toreó), y aterciando con ambos Rafael Gómez el Gallo.



De esa fiesta, en lo que se refiere al trabajo de Belmonte, escribió *El Tío Campanita*, al hacer la reseña en *Sol y Sombra*.

«Mala sombra ha tenido el popular trianero; dos mansos salieron de primeras al anillo, siendo retirados al corral por lo ya expuesto; y el de Olea que lo reemplazó no fué buey, pero resultó blandote en

varas y acabó mansurroneando, por lo que el público protestó unánimamente indignado, y se opuso resueltamente a que Juan Belmonte lo matara, porque presumía que no podría lucirse con él. Y no se equivocó; entregados por *Machaquito* los avíos de matar a Belmonte, éste, con los deseos propios de todo el que mete escándalos más o menos justificados y exagerados, se arrimó al enemigo con valentía, pero sin causar asombro ni agrandar ni convencer a los espectadores, y como con la muleta pudo hacer poco, y entrando a matar e hiriendo demostró gran ignorancia y desgracia, el final de la faena fué que los espectadores de forma ruidosa demostraron su desagrado, bien a pesar suyo, porque todos llenaron la plaza con el objeto de pasar una buena tarde, de aplaudirle y de demostrarle sus simpatías; la prueba de esto fué la petición caprichosa de que se echara al corral al de Bañuelos, que le tocó en último lugar porque tenía buenas *pías*, resultó buey y le tuvieron por demasiado toro para él, e imposible para poder lucirse.

El presidente accedió; salió al redondel una res carnicorta, apretada de pitones y bravucona en varas y medio mansa a la hora de la muerte. Gracias a esto, el trianero logró ser ovacionado toreando de capa ceñidísimo y clavados los pies en el suelo, haciendo quites y toreando con la muleta sobre todo en los pases naturales y de molinete.

En este toro no pudo convencer».

En el otro, fué cojido y tuvo que rematarlo *Machaquito*.

Dulzuras hizo de esta corrida la apreciación siguiente:

«El cordobés le cedió los trastos en un toro de Olea, llamado *Larguito*, de pelo negro, que salió después de ser retirados dos de Bañuelos a petición del público.

Mal estuvo en este toro, con el que no dió un solo pase medio regular siquiera, y lo mató con dos medias estocadas malas. En último lugar salió un bichejo de Guadalest, pequeño, sin cuernos, que había sido desechado por chico por la mañana, y en éste dió unos emocionantísimos lances de capa, más ceñidos que nadie, y media

docena de pases de muleta lo mismo. Se lió a pinchar; se hirió en una mano y tuvo «Machaco» que colaborar en la muerte del chivo. No hizo más, ni en Madrid ni en provincias como matador de alternativa».

Después de esa corrida, como matador de toros ya no volvió a hacerlo en España en dicha temporada, marchando a Méjico, donde sus triunfos se reanudaron, trayendo de allí al regresar el remoque de Belmonte el único.

IV

Son muchísimas y muy variadas las opiniones que existen sobre este torero.

De él, dejó escrito Dulzuras:

«Hay algunos lances que ejecuta como nadie, y son la verónica, el pase natural, el pase de pecho, el recorte en los quites y un pase de molinete, que es muy suyo. Con esto gana ovaciones todos los días cuando le salga el toro que se deje torear a gusto. De lo demás no le hemos visto nada ni regular siquiera.

Es un especialista del toreo, y en esa especialidad hace lo que nadie; pero el ser jefe de cuadrilla requiere mayor número de conocimientos y por hoy no los tiene Juan Belmonte, a quien se ha colocado en una situación muy peligrosa, toda vez que se ha hecho público que cobra más que cobraron todos los toreros que han existido, y quien hace eso está siempre en peligro de rodar al abismo».

Rojo y Oro, habla de nuestro biografiado en estos términos:

«¿Belmonte es el único?

— Sí.

— Y es único porque hace con la muleta y el capote lo que no se ha hecho nunca.

— Lo hace a conciencia, con seguridad, como si en el momento de la ejecución estuviese tocado por la divina gracia.

— Hace todo lo bueno que hacían Lagartijo, Guerrita, Bomba y Machaco, pero lo hace mejor. Se aprieta más con el enemigo, se pasa cien veces por el pecho la temible cabeza del cornúpeto, empapada siempre en los vuelillos de la bandera, con los pies clavados en tierra, jugando únicamente los brazos y sin dar excesiva salida para dejar a los toros en su terreno.

— Y todo ello con dominio absoluto y con tan singular frescura que el corazón del espectador late con violencia y a impulsos del entusiasmo, parece que quiera salir alborotadamente por la boca.

— Belmonte es un torero que hace saltar las lágrimas, dice don Modesto.

— Y por lo que se refiere a este calificativo de *fenómeno* que muchos niegan sin más razón que la de comulgar en otras religiones, vaya una declaración de *Bombita* al preguntarle que opinaba de Belmonte.

— Dijo así:

«Yo no he sido fenómeno.

— He hecho lo que he visto hacer a otros. Belmonte no; Belmonte hace lo que yo no he visto hacer a ningún torero».

— ¡Atienda ahora el lector la opinión de *Corinto* y *oro*:

«¡El diestro Juan Belmonte, es un fenómeno! Si alguien deja de reconocerlo, peor para él, porque prueba su pobreza de sentimiento artístico, porque no concibe la belleza ni el arte, y es digno de compasión.

— Belmonte es un diestro que se juega la vida toreando de capa. Por si sólo esto lo calificaría de fenómeno.

Parece increíble que un hombre (si es que sabe torear) en los primeros momentos de la aparición del toro en el ruedo, que es cuando el animal, por no haber sufrido castigo alguno, tiene menos desarrollado el instinto de coger, aunque se trate de un toro nobilísimo, con un engaño de las dimensiones del capote arriesgue su vida con facilidad. Y, sin embargo, Belmonte la arriesga. La arriesga porque aguanta la acometida con una quietud tétrica porque apenas carga la suerte, porque no dá más salida que la estrictamente necesaria para que el pitón pase de un lado a otro rozando la ropa del torero, porque no se enmienda, porque le da al toro todas las ventajas, porque, generalmente, lejos de perder terreno, como los demás, es él el que se lo gana al toro. Y hay un riesgo inminente porque aunque el diestro lo ejecute a maravilla y el toro sea bueno, puede equivocarse la res dos centímetros al tomar los vuelos de la capa, los precisos para prender al diestro por una pierna o por un costado, y después de prendido, ¡quién sabe lo que puede ocurrir! La cogidas es, pues, obra del azar... pero cuando el torero consiente al toro tanto como Belmonte le consiente. Por eso los lances de Belmonte ponen frío en el corazón. ¡Ese farol, echándose el capote a la espalda antes de que el toro llegue a la jurisdicción del diestro! ¡Esa media verónica, sacándose materialmente a la bestia del abdomen!

¡Y sus faenas de muleta! ¡Esos pases naturales dejando llegar al toro hasta el mismo cuerpo del hombre, para obligarle luego a que tome la muleta, —que coge por algo más acá de la mitad del palo— y llevar al bruto embebido en los vuelos de la franela, quieto y erguido! ¡Esos pases de pecho y por alto, esperando inmóvil a que el toro meta la cabeza en la tela para levantar ésta y correrla suavemente por los lomos del animal, hasta sacarla por la cola! ¡Esos molinetes iniciados en el preciso instante de derrotar el toro y dando una vuelta completa alrededor del asta, descubriendo el cuerpo en el momento culminante del peligro!...

¡Si el que hace estas cosas de tanta belleza como emoción; si el que

derrocha una tan inconcebible cantidad de valor; si el que a nuestra vista muestra tan acabada concepción del arte no es un *fenómeno*, que venga Dios y lo vea, despejando a la vez las dormidas inteligencias y dando vista a los ciegos!»

Vaya por último, lo que mi antiguo amigo Pepe Loma, *Don Modesto*, el pontífice máximo de la revistería andante, escribió el pasado año, con referencia a Belmonte:

«Fuí a ver a Belmonte en una disposición de ánimo nada favorable al «fenómeno», creyendo honradamente que la pasión mal contenida de sus paisanos y el inmoderato afán de que adolecen muchos mortales, de colocar por encima de la luna todo lo que en cualquier orden de cosas despunta y se hace notar, eran las principales, por no decir únicas causas de la aureola de genio que se colocaba sobre la cabeza del ya famoso trianero.

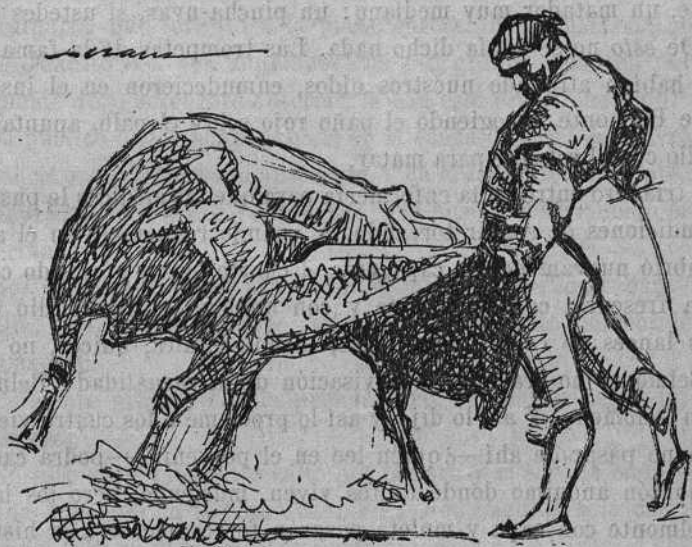
— ¡Ya vendrá el tío Paco con la rebaja! — pensaba yo, mientras me acomodaba, bien trabajosamente por cierto, en mi barrera de la Plaza de Toros.

Confieso que la aparición del fenómeno en el redondel me produjo muy mal efecto. Aquella insignificante figurilla de hombre, encorvada y torcida, que andaba descompasadamente con las notas de la charanga, no podía encerrar una tan enorme cantidad de torero como por ahí se propalaba. No podía ser un genio de coleta y taleguilla, quien tan poco tenía que agradecer a la madre Naturaleza.

Y cuando salió el segundo toro, muy joven, pero bien aviado de puñales, y el fenómeno se fué a él, arrastrando una pierna, en la que sufría dolorosa distensión, y se abrió de capa y dejó llegar y empapó con singular gracejo, y sin moverse dió a los brazos un leve movimiento de defensa, pasando la cabeza del bruto a una media vara de la cintura, y repitió una, dos, tres y hasta cuatro veces el mismo lance, cada vez acortando las distancias para rematar con un cerradísimo recorte, pegándose en el semicírculo a la penca del rabo, hube de experimentar una hondísima impresión: un escalofrío intensísimo

de la nuca a los talones. Aquello yo no lo había visto nunca. Es más, no creí que se pudiese realizar con tanta matemática, con tan maravillosa precisión.

Me repuse en pocos minutos, pero ya mi espíritu había simpatizado con aquel hombrecillo que tan hermoso relieve adquiriría en la brega.



dura y peligrosa. Y vino el último tercio, y el fenómeno, muleta en mano, paróse ante el cornúpeto y le retó a singular combate.

Aquella faena de muleta es de las que no se olvidan nunca. El trianero, dominando con pasmosa, con increíble facilidad, mandaba al bruto con el trapo de superior, de magistral manera. Y los cuernos del toro rozando siempre el cuerpo del matador. Este, a su antojo, se

traía al enemigo a su jurisdicción o le separaba, según le convenía.

Y hecho todo ello con una seguridad, con un aplomo, con un tan cabal dominio de la suerte, que entonces, ya en el colmo del entusiasmo, tuve que proclamar fenómeno a Belmonte: fenómeno con el capote y la muleta, fenómeno toreando...

Como mis impaciencias concluirían en el punto y hora en que el diestro armase el brazo para herir, no pudo extrañarme. no me extrañó que, en el momento supremo fuese Belmonte un estoqueador insignificante, un matador muy mediano: un pincha-uvras, si ustedes quieren. De *esto* no se había dicho nada. Las trompetas de la fama, que antes habían atronado nuestros oídos, enmudecieron en el instante en que Belmonte, recogiendo el paño rojo sobre el palo, apuntaba al morrillo con el estoque para matar.

El trianero entró en la enfermería para que los médicos le pusieran en condiciones de seguir toreando. Y cuando reapareció en el anillo y se abrió nuevamente de capa ante el cuarto burel, y cuando con la misma frescura, con igual arte y con análoga gallardía dió cinco o seis lances de capa insuperables, monumentales, únicos, no dudé ya. Belmonte no era una improvisación de la casualidad: Belmonte era un fenómeno. Y así lo dije, y así lo proclamé a los cuatro vientos. Podrá no pasar de ahí—¿quién lee en el porvenir?—podrá caer en ese montón anónimo donde tantos viven, muriendo, pero los lances de Belmonte con capa y muleta pasarán forzosamente a la historia, como cosa nunca vista, como cosa jamás realizada por nadie en la lidia de reses bravas».

Como faena definitiva, en la que Belmonte pudo mostrarse ante el público madrileño, quedará la del 2 de mayo del presente año (1914) que así la reseña *Pepe Laña*, en *The Kon Leche*:

«Belmonte se destapó, como esperábamos que lo hiciera cuando le tocara en suerte un bicho fácil y suave.

Terromoto veroniqueó al sexto toro estupendamente, como no puede mejorarse por nadie. Todo cuanto se diga es pálido ante la valentía

y el estilo que en esos lances de capa derrochó el *fenómeno* de Triana. A nosotros nos place mucho consignarlo así, porque no nos duelen prendas, como los amigos de *Terremoto* cuando hablan de la formidable casa Gómez Ortega.

Cuando Juan cogió la espada y la muleta y vimos al toro tomar el trapo, comprendimos que había llegado el momento de que Juanito demostrara sus innegables méritos.

Arte, valor, emoción; todo eso y algo más hubo en esta faena extraordinaria, que levantó a la plaza entera. El entusiasmo que despertó Juanito con sus muletazos fué tan grande como el que había producido José en el toro anterior. Y con esto está dicho todo.

El público quedó sugestionado en la faena de José, por la valentía, la ciencia y el arte del niño prodigio, y en la labor de Belmonte, perdió la chaveta ante el valor y el adorno, que puso a contribución el torero de Triana.

Los banderilleros de Juan tuvieron que intervenir para acabar aquella borrachera de toreo, en la que el morito colaboraba muy eficazmente.

Belmonte pinchó bien la primera vez, regular la segunda, y mal la tercera.

En este viaje el diestro salió por la cara y el toro le empujó, dándole un topetazo en las espaldas. Volvió en seguida a la carga el de Triana y se dejó ir con una estocada caída.

Las gentes entusiasmadas por la faena de muleta, pues con el pincho no estuvo bien el *fenómeno*, según acabamos de declarar, pidieron la oreja del toro para Belmonte, y aunque el presidente se opuso a concederla, por causa de las pinchaduras y la estocada baja un banderillero se acercó al cadáver del cornúpeto y le cortó el apéndice auricular. Por esta razón, todos los periodistas que escriben sus revistillas en la plaza, consignamos equivocadamente el *detalle* orejil, rectificado más tarde por el propio usía.

En esa corrida, José había cortado ya la oreja del quinto toro.

Por pluma ajena sabe ya el lector paciente de este folleto quien es Juan Belmonte, y lo que le hace al toro, tiene derecho ahora el querido lector ha saber que es lo que opina de él, el que estos apuntes recopila.

Belmonte es para mí un lidiador de toros excepcional. En tarde no muy afortunada para él, el día de su debut en Barcelona, en 1912, me gustó algo de lo que hizo, por que ciego había que ser para no ver que se destaca con personalidad propia. De esa época, y de ese día, hay por ahí revistas, que llevan su firma en que está consignado mi juicio.

Al Belmonte, tal y cómo más tarde lo proclamó la fama no volví a encontrarlo hasta una tarde de abril del pasado año en Sevilla, en la que se jugaban reses de Santa Coloma, y alternaban con él, Rosalito y Posada.

Aquel día me acabé de convencer.

De entonces acá, en Barcelona y Madrid, en tardes repetidas, he llegado a formar de él el juicio que en la actualidad y que en muy poco descrepa de los que acabo de estampar.

Toreando de capa y muleta, lo hace con un estilo tan suyo, tan personal y pisando un terreno expuesto que no es posible verlo sin emoción primero y sin entusiasmo en seguida.

En quites, aunque su repertorio es corto, por que sus facultades le impiden salirse con los toros por las afueras e intentar los llamados de poder a poder, en los tres o cuatro que ejecuta se adorna, y sobre todo en la media verónica, que se confunde con un recorte, tanto se ciñe, que en Sevilla bautizaron este lance con el nombre de *suerte del costal*, porque realmente parece que trate de cargarse sobre los riñones al toro.

Matando está perdido, y no es sólo porque mate generalmente mal sino porque lo hace con tal desconocimiento de la suerte, que en ella viene y continuará tropezando con los mayores riesgos, a los que han

de contribuir esa poca fuerza de las piernas que tantos descabros le cuestan.

Si Belmonte encontrara un tranquillo con el cual lograra sacarse de delante los toros, sin peligro o con relativo peligro nada más, aunque su nombre no pasara a la historia como el de un gran estoqueador alejaría por lo menos la temida y esperada contingencia de una catástrofe, que en el resto de la lidia dista mucho de ser tan inminente como la inmensa mayoría supone.

Así no se puede torear, vienen sosteniendo los inteligentes hace tres temporadas, y tres temporadas que el diestro viene probando que así puede torear.

Cuando apareció *Machaquito*, esos mismos inteligentes aseguraban que como él mataba no podía hacerse, y así ha matado *Machaquito* cerca de 2000 toros en 14 años.

Como torea Belmonte puede torear, puesto que él lo hace, lo que no puede ser, y en esto debe fijarse el diestro, es en seguir actuando de matador sin una mayor ~~defensa~~, que ya que no le es posible encontrar en las facultades, debe buscar en la habilidad.

Sus otros defectos, respecto a colocación en la lidia, irá corrigiéndose la práctica.

Y para acabar, tal y como es Juan Belmonte, es imposible negarle un mérito extraordinario, con lo que hace le basta para justificar la admiración y el entusiasmo de las gentes que en su toreo ven un aspecto nuevo de nuestra gran fiesta hispana.

UNO AL SESGO.

Dibujos de *Lizana*.

FIN.

1870

The first part of the report is devoted to a general description of the country and its resources. It is followed by a detailed account of the various industries and occupations of the people. The report then proceeds to a description of the climate and the health of the population. The last part of the report is devoted to a description of the government and the laws of the country.

1870